

Narrativa Docente

La voz del niño también evalúa.

Renata Peralta Lorenzi

La experiencia que comparto tiene que ver con el tránsito de D. en la UP, por esta razón y entendiendo los primeros dos años como una unidad pedagógica los mismos serán tratados en este relato como un todo unificado.

El estudiante D.A.M. se hizo sentir desde el primer día en nuestra Institución. Todos los actores que la componen se vieron conmovidos e interpelados por este niño.

D.A.M. se observaba con una energía potente, realizaba cuestionamientos inteligentes, oportunos y aportes de valor. También mostraba mucha labilidad atencional, interés por explorar diversos espacios dentro y fuera del aula, y no permanecía quieto ante tal requerimiento de su docente. D. no sacaba sus útiles en tiempo y forma, no elegía una silla del aula para permanecer allí sentado durante 50 min.

Cuando la actividad le resultaba convocante su participación era pertinente y de rica, pero no quedaba registro escrito de ello. Su desempeño era oral.

Durante las horas de clase no permanecía en el aula, salía a recorrer la escuela y generaba intercambios con los referentes institucionales que encontraba.

Su docente luego de diversos intentos de normalizar su conducta convoca al EOE para pensar juntos. Por mi rol se priorizó que el acercamiento y la mayor parte del diseño de intervenciones las lleve adelante yo, pero quien lea este relato debe comprender que el trabajo siempre se realizó en corresponsabilidad con diversos actores que han aportado tiempo, energía y disponibilidad, aunque no los nombre a cada uno de ellos. Incluso ellos han tomado la posta en situaciones donde no me encontraba disponible.

Nuestros primeros encuentros fueron difíciles ya que la lógica que a veces funciona en la escuela no permite el tiempo y la pausa suficiente para planificar las intervenciones, así que nos reencontrábamos en situaciones de “crisis”. “D. se escondió atrás de un montón de sillas luego de tirarlas” “D. no quiere entrar al aula” “No sabemos dónde está D”.

Las crisis siempre se resolvían con facilidad si se ofrecía tiempo exclusivo y disponible, si se validaba su relato, si se ofrecían opciones de reparación. De a poco D antes de responder de manera intempestiva comenzó a buscar estos referentes que ofrecían palabra.

Los encuentros ya nos encontraban más disponibles a todos, pero aun eran desorganizados y respondiendo a la demanda del niño.

En dialogo con su MG y MB acordamos que era necesario repensar la oferta que le estábamos ofreciendo y generar un dispositivo que permitiera no solo avances en relación a lo social sino también incluir lo pedagógico.

Para llevar a cabo este propósito nos apoyamos en los intereses de D que ya habíamos comenzado a conocer, los animales, la cadena alimentaria, el mar.

Se diseñó un modo de trabajo dentro y fuera del aula que ofreciera a D. nuevos lugares y se prestaron modos de resolución para que utilizara hasta que pudiera construir los propios. Como D. siempre participaba de manera oral en el aula se acordó valorar ese tipo de intercambio y dejar en suspenso la insistencia por la escritura, al menos por un tiempo.

Se diseñó una propuesta pedagógica, las salidas del aula se transformaron en momentos de encuentro en los cuales se trabajaba sobre la adquisición de la lengua escrita basada en sus intereses, creamos un álbum de animales marinos, pusimos sus nombres, organizamos categorías. En Biblioteca con la MB y un atlas gigante que llamaba su atención los ubicamos en sus ambientes, pensamos la razón de esos agrupamientos y las características de los mismos con relación al clima. A D. le gustaba mucho mirar videos, describía perfectamente la trama y la idea principal de muchos de ellos y quería compartirlos con nosotras. Con la OS en un momento

consideramos oportuno compartir uno, pero D debía poner el nombre en el buscador. La lengua escrita comenzó a aparecer como un recurso útil, tenía un sentido.

D. podía dictar ideas, y deletrear las palabras para que otro las escriba, pero en el encuentro con el papel había un límite.

Paralelamente su MG acompañó en la propuesta y D. fue invitado a ocupar otro lugar en el aula, colaborando con su MG quien además le permitía salir del aula cuando era necesario (nosotras lo recibíamos) y eso permitió que el vínculo encuentre menos espacios de fricción.

Un día al regresar del recreo, alguien había cambiado de lugar la silla de D, silla que habitualmente solo cumplía la función de sostener la mochila. D se enojó.

Ese enojo fue una puerta maravillosa. Se molestó porque alguien había intervenido “su lugar”. Se inauguraba un nuevo momento en la trayectoria de D., quien ahora era parte no solo de la escuela sino de un grupo, había un aula en la que estaba “su lugar”.

Se mantuvo el ofrecimiento de espacios de trabajo fuera del aula, pero paulatinamente sus salidas se redujeron mientras que permanecía casi la totalidad de la jornada junto a su grupo.

Posteriormente nuestros encuentros eran para compartir relatos de situaciones de alegría, intercambiar recuerdos o buscar ayuda para resolver un conflicto, como el resto de nuestros alumnos.

Este trabajo se vio complementado por encuentros con el grupo de crianza de D, con los que se trabajó paralelamente sobre las condiciones necesarias para que D tuviera disponibilidad para el aprendizaje.

Al momento de evaluar el desempeño de D en la UP y su paso a 3ro nos encontramos con un nuevo desafío. D. no quería escribir. Circulaba entre todos los que habíamos trabajado con él, que éramos muchos, la idea de que D “Sabía”.

Todos, incluso sus mapadres teníamos la misma certeza. Sabe. Pero D no escribía.

Cerca de fin de año tanto en su casa como en la escuela se hacía lo imposible para que D escribiera algo, que diera cuenta de todo lo que podía decirnos de forma oral a través de la escritura. Y D no escribía.

Un día con la OS decidimos brindar un espacio de intercambio franco y desprejuiciado, invitamos a D. y nos dijo “me tienen podrido, se la pasan diciendo que sé y yo no sé” “no me digan más eso, ni nada. No sé”. Entendemos que en procesos que implican a los niños de modo tan significativo, su palabra debe tener un lugar importante y no solo ser tenida en cuenta, sino que debe integrarse a la solución que se ensaye. Conversamos y acordamos en una solución creativa y que nos hacía sentir bien a todos con relación a nuestro trabajo, el niño y los adultos “una promoción acompañada”. D pasaría a 3 ro con su grupo en todas las áreas menos en prácticas del lenguaje. Eso le relajó y puso en valor su confianza en nosotros y en el espacio de escucha ofrecido. Además, se acordó hablar esto con sus mapadres, no más tareas extras en casa, no más sentarse hasta que muestre que sabe.

De este modo la evaluación logro incorporar la mirada de todos los actores que se encontraron comprometidos con la trayectoria de D, su voz y sus deseos, sostenidos por acuerdos con sus referentes y considerando la mejor propuesta pedagógica para este niño en este momento, pensando en que la evaluación en proceso nos permitirá crear nuevos dispositivos en el futuro si fueran necesarios.